

Personalidad: aproximación teórico-práctica a algunos de sus conceptos y sistemas psicológicos constituyentes

Ángel Izquierdo Martínez
Universidad Complutense de Madrid

Resumen. El artículo examina los tres conceptos de temperamento, carácter y personalidad, tratando de diferenciarlos entre sí, pero estudiando, a la vez, sus posibles interacciones. En el temperamento, se analiza su posible origen genético y el puesto que ocupa en el desarrollo de la persona, con especial relación a la afectividad. Al hablar del carácter, se analiza su estructura y el valor que se le ha concedido, sobre todo, en el campo psicoterapéutico. La última parte del artículo estudia la personalidad, como configuración de cinco sistemas básicos: percepción, cognición, emoción, motivación y acción. La relación e interacción de estos sistemas se visualizan, a través de un modelo y sus diversas perspectivas.

Palabras clave: temperamento, carácter, personalidad, afectividad, sistemas, psicoterapia.

Abstract. The aim of this article is to put forward some thoughts related to temperament, character and personality. The three concepts should be outlined considering his differences and, at the same time, his interactions. By the temperament, the genetic causes and developmental aspects are discussed. Some ideas associated with the affect are also considered. After analysis about his structure it is suggested here the contribution that character could play in the psychotherapy. Lastly, it will be proposed that five basic systems: perception, cognition, emotion, motivation and action might be viewed as basic contributors for personality building. The paper concludes with a model under three perspectives referred to the systems.

Key words: Temperament, character, personality, affect, systems, psychotherapy.

Introducción

Los términos *temperamento*, *carácter* y *personalidad* entremezclan en la literatura su significado y a muchos hasta podrían parecerles sinónimos. En el ámbito angloamericano, los autores se inclinaron más por el concepto de *personalidad*, mientras que los autores europeos se aferraron al término de *carácter*. Ambos conceptos se relacionan con la totalidad de los diferentes niveles, en los que funcionan las personas: pensamiento y sentimiento, conducta y estado de ánimo, aspectos innatos y adquiridos....

Frente a todo esto, la expresión *temperamento* se relaciona estrechamente con las bases biológicas o constitucionales de la personalidad. Allport (1961) escribe: “*El temperamento, al igual que la inteligencia y la constitución corporal, constituye una especie de material bruto que acaba por conformar la personalidad (...); el temperamento se relaciona con el clima bioquímico o tiempo interior, en el que se desarrolla una personalidad*”. Allport acentúa también en su definición las cualidades emocionales del temperamento y su relativa invariabilidad en comparación con otros componentes de la personalidad.

Strelau (1987) insiste en cinco características, en las que se diferencian temperamento y personalidad:

- 1.- Determinantes del desarrollo (Temperamento: biológico. Personalidad: social).
- 2.- Estadios del desarrollo (Temperamento: niñez. Personalidad: edad adulta).
- 3.- Población de referencia (Temperamento: animales y personas. Personalidad: personas).
- 4.- Cualidades esenciales de la conducta (Temperamento: ausentes. Personalidad: presentes).
- 5.- Función central reguladora (Temperamento: sin importancia. Personalidad: importante).

Estos pueden ser unos primeros indicadores de las diferencias entre los tres conceptos. Examinándolos algo más de cerca, quizá se pueda determinar algún otro elemento discriminatorio entre ellos.

Temperamento

Todavía no se ha logrado una definición del temperamento suficientemente consensuada, debido, en gran parte, a los intereses tan divergentes de los mismos investigadores (Goldsmith *et al.*, 1987). Los investigadores dedicados a las patologías relacionan el temperamento con las diferencias individuales, dentro de los distintos estilos conductuales (Carey y McDevitt, 1978). Para los fisiólogos, la función del temperamento se dirige, ante todo, a la elaboración de los estímulos y la regulación de las conductas; al final, suelen definirlo como una característica básica de la autorregulación básica del organismo (Strelau, 1984).

Algún grupo de investigadores lo relaciona con las diferencias interindividuales de las cualidades hereditarias de las personas. Buss y Plomin (1984) deducen con sus escalas tres propiedades típicas del *temperamento*: 1) *Emocionalidad* (excitación de emociones negativas). 2) *Actividad* (tempo y perseverancia). 3) *Sociabilidad* (apego y responsividad). Para otros investigadores, por último (Goldsmith y Campos, 1982), el concepto de temperamento se circunscribe a aspectos reguladores de la emoción, que, de suyo, no regulan los procesos psicofisiológicos internos, sino los procesos sociales.

El término temperamento ha sufrido, por tanto, una fuerte inflación en Psicología y hoy en día prácticamente se denomina con él todo cuanto tiene que ver con la personalidad. Como resumen algunos autores, por temperamento pueden entenderse cosas tan diversas como: 1) la respuesta a los cambios del entorno, incluidas las reacciones somáticas y autónomas, 2) el temor e inhibición ante lo novedoso, 3) la impulsividad, 4) el ánimo positivo o negativo, 5) el

nivel general de actividad, 6) la atención constante, 7) la autorregulación (Rothbart, Posner y Hershey, 1995).

Tal variedad de significados casi abarca todos los niveles funcionales de la personalidad. Esta heterogeneidad quizá se deba a que, dentro de la tradición de la Psicología del Desarrollo, el término temperamento encierra, como ya quedó dicho, todas las características biológicas o constitucionales de la personalidad.

Podría pensarse, por otro lado, que los constantes adelantos en las ciencias genéticas y neurofisiológicas acarrearían elementos prometedores para el estudio del temperamento. Pero habría que esperar un tiempo todavía y los psicólogos y pedagogos están ávidos por conseguir mayores frutos. No obstante, para el campo de trabajo psicosocial existen ya estudios pioneros, pero muy sólidos, como los de Chess y Thomas (1987) y los de sus seguidores (Turecki, 1989; Carey y McDevitt, 1993), sin olvidar las escuelas de la antigua Europa del Este (Strelau, 1984).

A pesar de todas estas direcciones tan divergentes en la investigación o quizá debido precisamente a todo ello, ya se pueden concretar algunas líneas que caracterizan de modo algo más general la concepción actual del temperamento (Lamb y Bornstein, 1987).

Según todo ello, el temperamento sería:

- 1.- Un concepto amplio relacionado con las distintas dimensiones de la conducta, entendidas de manera individual.
- 2.- Un fenómeno que surge ya en la infancia y representa una especie de fundamento de la futura personalidad.
- 3.- Es relativamente estable en el tiempo, en comparación con otros componentes de la conducta, pero no puede observarse mientras no vayan cerrándose los procesos constitutivos de la personalidad.
- 4.- Puede verse modificado en sus manifestaciones por el influjo de su entorno, sobre todo, por medio de las prácticas educacionales de los padres.

Los investigadores consideran a la niñez como el periodo ideal para ocuparse de los aspectos acuciantes del temperamento (Lamb y Bornstein, 1987). Las principales cuestiones se refieren al origen del temperamento, sus modalidades, sus posibilidades de cambio y al papel que juega en el proceso, normal o anormal, del desarrollo individual. De ahí, que el temperamento se haya convertido hoy en día en objeto de investigación dentro de la infancia-niñez y no en un apartado de la psicología de la personalidad adulta.

Origen y estabilidad del temperamento

Visto en un sentido algo más estricto, el temperamento podría entenderse como la activación global de los sistemas motóricos y sensoriales. Así es como solemos afirmar de alguien que es "demasiado temperamental": un motivo relativamente pequeño es suficiente para provocarle una fuerte reacción.

Todo ello podría hacernos creer que el temperamento es algo innato. Como es lógico, en los bebés, las estructuras de los sistemas motor y perceptivo no están tan evolucionados como en etapas posteriores del desarrollo. Por eso, la intranquilidad, por ejemplo, las

respuestas motoras rápidas o la viveza en la mirada de un bebé enseguida nos llaman la atención. De ahí, podría llegarse a la conclusión “falsa” de considerar a esas características como innatas.

Este tipo de consideraciones o parecidas llevan de la mano a la importante cuestión del origen y estabilidad del temperamento. Todavía no está decidido, pero numerosos resultados científicos abogan por la tesis de que el tipo de temperamento depende de los influjos genéticos.

Los *métodos* más habituales para analizar la influencia genética sobre el *temperamento* y la *personalidad* son los estudios sobre adopción, gemelos y familia. Dentro de la familia, se investiga el nivel de correlación entre las características personales de los niños y las de sus padres.

En los estudios con gemelos, se comparan parejas de monocigóticos y dicigóticos, y en los de adopción, se investiga con individuos biológicamente cercanos, que han crecido separados entre sí. Las investigaciones más populares son, sin duda, las realizadas con gemelos, ya que permiten un control longitudinal de las distintas magnitudes personales, a partir del mismo nacimiento (Garrison y Earls, 1987).

A la larga, todos los estudios intentan aclarar la *relación* entre *genes* y *conducta*. Gracias a los grandes adelantos de la Neurobiología, hoy se posee una idea más cercana de cómo el cerebro determina el pensamiento, la emoción y demás estructuras. En un futuro, quizá no muy lejano, será posible conocer las regulaciones entre los genes y las estructuras cerebrales y entre estas y las conductas de los individuos.

Lo que interesa en este punto es comprobar que los genes siempre actúan sobre la conducta de manera indirecta, a través de las estructuras cerebrales, lo cual obliga a una cierta prudencia, a la hora de establecer una relación entre genes y temperamento. Además, no sólo existen influencias genéticas, sino también prenatales y perinatales; sobre las influencias postnatales, sin embargo, no parecen existir suficientes argumentos en su apoyo (Thomas y Chess, 1977).

En línea con todas estas cuestiones, está, a su vez, la pregunta de cómo podrían influir en nuestras vidas las características conductuales, al parecer genéticamente predeterminadas, como lo sería el temperamento.

Según indican algunos estudiosos del tema, podrían influir de forma visible al menos de tres maneras:

- 1) El *temperamento* inclina hacia la *elección* de ciertas actividades y entornos. Las personas con un temperamento sociable, por ejemplo, buscan espontáneamente la compañía de otros (Buss y Plomin, 1984).
- 2) Las características típicas de las conductas tempranas del niño influyen directamente en las reacciones que los demás tienen con ese niño (Dunn y Kendrick, 1982). Estas reacciones forman, a su vez, un microcosmos muy particular en las relaciones con el niño y muy diferenciado del entorno que le rodea.

- 3) Debido quizá a lo anterior, los mismos ambientes y las mismas experiencias ejercen un efecto distinto en niños con diversos temperamentos. Una situación de pobreza inicial, por ejemplo, en un niño tímido puede pesar para toda su vida como una losa y en un niño con temperamento activo puede actuar como un revulsivo.

Sin embargo, conviene actuar con cierta prudencia en el tema del papel activo del niño en el proceso de su propio desarrollo como persona. Los mismos autores, defensores del significado de los factores genéticos en el desarrollo de la personalidad, rechazan, de suyo, la postura determinista. Antiguamente, uno de los criterios centrales para definir el temperamento era su invariabilidad. Hoy en día, se afirma, casi de modo unánime, que las características del temperamento son relativamente estables, es decir, que, en relación con otras características de la personalidad, manifiestan una cierta continuidad. Se podría hablar en una persona de un temperamento activo estable, por ejemplo, cuando se observa en ella una actividad generalizada y cuando la manifiesta no sólo en momentos concretos, sino a lo largo de muchos años.

Resulta difícil decidir, si una característica temperamental -por ejemplo motora-, observada a los dos meses de edad del niño es idéntica a otra característica conductual aparecida en la etapa de la educación primaria. Al revés, también habría que preguntarse, si una misma característica temperamental no aparece en los distintos momentos del desarrollo con distintas variaciones y manifestaciones. Algún autor habla, al respecto, del problema de la equivalencia funcional (Rutter, 1982).

Toda esta problemática se mantiene en parte, porque las dimensiones del temperamento se estudian por medio de constructos y abstracciones, sin acabar de reflejar las conductas concretas. Si estas se estudian de cerca, puede observarse, por ejemplo, cómo existe una inflexión en el desarrollo de muchos niños. Recién nacidos con fuertes disposiciones para la impulsividad o para la perseverancia manifiestan más tarde, en la etapa de la educación infantil o primaria, una gran pasividad o una falta de constancia.

Observaciones de este tipo obligarían a afirmar, a modo de conclusión, que el temperamento, sin negar sus componentes genéticos (Bischof, 1989), se va modulando por medio del entorno desde los primeros momentos.

Temperamento y afectividad

Suele ser corriente confundir el temperamento con la *afectividad básica*. La razón es sencilla. Si el temperamento se entiende como la activación global de numerosos procesos psíquicos, también conduce a la intensificación de los afectos positivos y negativos. A pesar de que ambos, temperamento y afecto, van muy unidos, es conveniente separar los dos niveles, porque no dejan de corresponderse con características y funciones distintas entre sí.

Hablando de la personalidad, una de las diferencias importantes entre *temperamento* y *afecto* está relacionada con el empalme de los afectos con objetos o personas concretas. La hipótesis sobre la atracción que ejercen los estímulos parte del supuesto de que la intensidad del afecto por las cosas o personas depende del grado en que participa el temperamento. Los intensos afectos producidos en primera instancia por una alta participación del temperamento

generan una conducta muy distinta a la de los afectos con baja participación del mismo. Estos últimos, si se asocian repetidamente con un objeto (condicionamiento clásico), permanecen unidos a él, o lo que es lo mismo, el objeto en ocasiones futuras provocará el mismo afecto de manera automática. Pero si el afecto surge en primera instancia por una alta participación del temperamento, entonces desaparece ese empalme duradero, es decir, si el mismo objeto aparece en otra situación, en la que no va acompañado del temperamento, entonces no se produce esa atracción o rechazo que se produjo en un primer momento.

Estas diferencias en la manifestación de los afectos poseen una cierta base neurofisiológica. Cuando el afecto es más duradero, se ve modulado por las estructuras responsables de una fuerte asociación entre las reacciones afectivas -por ejemplo, la amígdala- y los sistemas representacionales de los objetos -por ejemplo, la corteza temporal-. (LeDoux, 1995). Cuanto menos participan estas estructuras en la formación de los afectos y cuanto más dependen estos últimos del nivel de activación global, más débil será el empalme de los afectos con los objetos o personas que los provocan. Esta tesis de la existencia de empalmes duraderos y de la participación en ellos de la amígdala se ve afianzada por datos científicos indicadores de que la amígdala participa en la modulación de la memoria a largo plazo, pero no así en la memoria a corto plazo (Bianchin *et al.*, 1999).

Con todo ello, podría establecerse un principio de tipo general: las conductas basadas en la atracción de los estímulos son más consistentes que las provocadas por el temperamento, sin olvidar a su vez, y dicho sea de paso, que las conductas afincadas en la motivación también son más consistentes que las basadas en la atracción de los estímulos. Por otro lado, la afectividad global que todo lo envuelve y la autodeterminación aumentan la consistencia, pero más en un sentido cualitativo que cuantitativo.

Este último punto necesitaría una breve aclaración. El término de consistencia no se entiende aquí como la perseveración o repetición de idénticas rutinas en la conducta. Al contrario. Un aumento de la consistencia significa, por su parte, progresar en una flexibilidad que conduce a niveles más elevados de estabilidad. El organismo, cuando se encuentra en el plano de los estímulos -también motivacionales-, puede elegir entre distintas conductas que en el pasado le han llevado a aceptar o rechazar un objeto concreto. Pero es que, además, en el plano de la autodeterminación sigue aumentando el nivel de libertad en la elección, ya que no solo existen conductas alternativas, sino también objetos alternativos, para la consecución de metas y valores superiores. La flexibilidad hace que se consiga un alto grado de consistencia, porque ayuda a escalar niveles cada vez más elevados, propiciando una gran estabilidad en la persona que acaba rigiéndose por sus propias representaciones interiores (normas, principios, valores, metas superiores).

Carácter

El término “*carácter*” es de pura tradición europea en muchos campos de estudio, entre otros, en el filosófico, psicológico, pedagógico o psicoterapéutico.

El *carácter*, siendo un término de origen griego (carácter – marca), ya implicaba en su mundo clásico aquello que uno desea ser. Este aspecto ético se universalizó, denotando desde siempre lo distintivo de una persona o también de un grupo o nación (“carácter nacional”).

Hasta en el lenguaje ordinario se emplea el término para establecer lo distintivo: se habla, por ejemplo, del carácter de la música de Mozart para distinguirla de la de Beethoven.

El concepto psicológico de carácter, por su parte, atiende al hombre no como debe ser (ético), sino tal cual es. Pueden existir individuos faltos de carácter en sentido ético, que posean, a su vez, un carácter muy acusado desde el punto de vista psicológico.

El carácter psicológico sería la peculiaridad del individuo “que se enfrenta al mundo haciendo uso de sus distintas facultades, es decir, en su sentir y en su obrar, en sus decisiones voluntarias, valoraciones y objetivos, en sus juicios y orientaciones espirituales, con todo lo cual adquiere su existencia individual una fisonomía que le diferencia de los demás” (Lersch, 1966, p. 41).

Hogan (1973), en una definición, todavía de tipo ético, interpreta el carácter como los motivos y disposiciones que dan estabilidad a la conducta social del individuo, partiendo de cinco dimensiones: (1) conocimiento de las reglas sociales; (2) socialización, el grado en que el individuo respeta las normas, valores y prohibiciones de una sociedad, como mandato personal; (3) empatía, el modo como uno se pone en el lugar del otro; (4) autonomía, que gobierna las acciones propias con un sentido personal del deber; y (5) juicio moral, el grado en que el individuo se involucra con su conciencia personal o siguiendo las normas de la sociedad.

En la literatura sobre el carácter, existen intentos beneficiosos de fundamentarlo desde nuevas perspectivas. Así, por ejemplo, Malerstein y Ahern (1982) buscan demostrar el isomorfismo entre cada tipo de carácter y los correspondientes estadios del desarrollo cognitivo en Piaget. Los autores hablan de un carácter intuitivo, operacional y simbólico. Según ellos, el periodo sensoriomotor, en los dos primeros años de vida, no parece contribuir directamente a la formación del carácter. Por el contrario, las experiencias de los periodos pre-operacional y operacional-concreto contribuyen a dar formato al carácter, por medio de la estructura social-cognitiva, al verse el niño a sí mismo como un ser social.

La estructura del carácter

El estudio de Malerstein y Ahern está dirigido, de suyo, a los psicoterapeutas. En este campo de la psicoterapia también se ha trabajado a fondo con el carácter, aunque en este ámbito, más bien, habría que hablar de estructura del carácter, que los autores mencionados definen así: “*To know who a person is, primarily, we must know his character structure, his most basic and abiding intrapsychic organization as a social being: his primary concerns and his system for processing data involving person relationships*”. (Malerstein y Ahern, 1982, p. 24).

Para los psicoanalistas, sobre todo para los seguidores de Wilhelm Reich, que en 1933 publicaba por vez primera los resultados de su trabajo psicoanalítico de nueve años en su libro *Análisis del carácter* (Reich, 1949), el estudio de la formación del carácter y su estructura representa uno de los mayores logros de la técnica psicoanalítica.

Para el Psicoanálisis, el carácter es la expresión del funcionamiento del individuo, tanto a nivel psíquico, como somático. Para poder comprenderlo, se requiere un conocimiento detallado de la psicología del yo y del concepto, tan propio de Freud, de la energía.

Para Otto Fenichel (1945, p. 467), “*los modos de adaptarse del yo al mundo exterior, al ello y al super yo y la forma característica de combinar estos modos entre sí constituyen el carácter*”. Lo principal del carácter, afirma Alexander Lowen (1958), es que representa un modelo de comportamiento o una tendencia habitual. Es un modo de respuesta fijo o estructurado. El carácter posee una cualidad “*característica*” que siempre lo distingue como el sello de una persona. Suele decirse que hay cosas que “*imprimen carácter*”. En este sentido, para el Psicoanálisis, toda estructura del carácter “*congelada*” es, de suyo, patológica.

El carácter, en el modelo psicoanalítico, es el resultado de fuerzas opuestas: del impulso del yo y de su defensa. Cuando el carácter está falsamente fijado, hay que lograr separar al yo de esa estructura del carácter, en la que está incrustado; pero para ello es preciso vencer y eliminar las defensas del yo.

Desgraciadamente, el individuo neurótico, dice Alexander Lowen, se identifica con su carácter, del que forma también parte su yo ideal. Esto le sucede así al neurótico, porque la estructura del carácter representa su único modo de funcionar. Un individuo obstinado, por ejemplo, considera su obstinación como su principal cualidad personal; con ella consigue todo cuanto quiere. En cierta manera es así. Pero, por otro lado, esa obstinación se convierte en un enemigo que le impide realizar su vida con plenitud.

Una persona se identifica con su carácter y no lo pone en tela de juicio, mientras le permita actuar en distintas situaciones, sin demasiados conflictos. Si fracasa en su modo de conducirse, el individuo intentará primero achacarlo todo a las exigencias de su entorno. Sólo el fracaso reiterado y su profunda insatisfacción le llevarán a dudar de su forma de ser y actuar. Toda persona adulta que acude a una terapia lo hace precisamente a consecuencia de algún trastorno de su capacidad para actuar, según los niveles que le exige la realidad.

De hecho, para bastantes psicoanalistas, el carácter constituye la mayor resistencia para la terapia, porque las situaciones analíticas que originan esa resistencia son como duplicados exactos de aquellas otras situaciones de la infancia, que pusieron en marcha la formación del carácter. Para más de un paciente, si la terapia se pudiese llevar a cabo sin tocar su carácter, todo iría bien. Sin embargo, el terapeuta ha de lograr que el paciente sea consciente de su carácter (falso, defectuoso), consciente de que supone un trastorno y, a la vez, le debe hacer ver que existen otras formas mejores de actuar.

Cuando, debido a la terapia, la estructura del carácter comienza a resquebrajarse, para dar lugar a una forma de ser más espontánea, el paciente percibe todo ello como algo extraño, a pesar de ser un comportamiento más saludable que todo lo anterior. Por eso, si la estructura del carácter se destruye a las primeras de cambio, aunque sólo sea temporalmente, la persona quedará sumida en una gran confusión y se preguntará: “*¿Quién soy yo realmente?*”. Dentro de un tratamiento psicológico, a nadie se le puede quitar, ni siquiera los síntomas con los que convive, sin darle algo a cambio. Existen muchas personas que viven con rasgos de carácter falsos y muy problemáticos, pero conviven bien con ellos, convenciéndose a sí mismas de que sólo son una más de sus peculiaridades o, en todo caso, una más de sus excentricidades.

Para que la persona eche a andar “*por el buen camino*”, es necesario separar las fuerzas positivas del yo de las funciones defensivas; pero las defensas no irán cayendo, mientras no sean reforzadas las otras fuerzas positivas.

La estructura del carácter ha de ser, por tanto, el resultado de un compromiso, la expresión de un equilibrio dinámico de fuerzas que, como tal equilibrio, sólo es relativamente estable. A veces, según las circunstancias tan cambiantes de la vida, ese equilibrio es muy difícil de mantener y resulta insuficiente. A veces, una fuerza reprimida explota de repente o un esfuerzo extraordinario debilita hasta la extenuación; pero si la persona no puede por sí sola, alguien debe ayudarle a restablecer el equilibrio necesario.

Este breve contrapunto sobre el carácter en el campo psicoterapéutico puede ilustrar por unos momentos la importancia que muchos tratadistas le atribuyen, aunque haya otros muchos sean de opinión contraria.

Carácter y personalidad

Para algunos autores, la relación entre personalidad y carácter es intercambiable; para otros, no debe ser así. La definición de la primera parece ser más descriptiva y subjetiva. Calificamos la personalidad de un individuo como agradable, fuerte, depresivo, etc. El carácter, por el contrario, suele ser determinado por la observación continuada y el estudio del comportamiento de la persona.

Gaston Berger (1971, p.13) confirma que para el estudio de la personalidad se debe partir del carácter, *“qui n’est sans doute qu’une partie de la personnalité, mais qui en est le centre. Il est la structure fondamentale sur laquelle viennent se déposer les influences et s’enregistrer les événements”*.

Hogan (1973) ve también la estructura del carácter como una organización más básica que la personalidad y más unida a la conducta moral y social. Ya, en 1937, Allport hizo un listado con 50 definiciones diferentes de personalidad. Su propia definición incluiría, de suyo, también el carácter.

Otros autores manifiestan que la personalidad unas veces es parte de la estructura del carácter, al que ayuda a solucionar sus problemas y dilemas, pero otras deja de serlo, cuando una manifestación de la personalidad, por ejemplo, una manifestación de histerismo, ejerce una función importante en la persona.

En los años 40, como ya quedó dicho, el concepto de carácter dejó de ser *“científico”* para la Psicología americana, que lo desterró y se quedó con el concepto de personalidad. En las últimas décadas del siglo pasado, ni siquiera aparece su referencia, por ejemplo, en el índice de materias del *Annual Review of Psychology*. Al final de los años 90, sin embargo, parece que algunas teorías lo recuperan, relacionándolo con factores socioculturales. Sería algo similar a lo sucedido con el concepto de *“voluntad”* que fue sustituido por el de *“volición”*, pero que parece volver lentamente otra vez.

Se sea o no partidario de trabajar *“científicamente”* con el concepto de carácter, el hecho es que todos lo manejamos. Hablamos y distinguimos muy bien, por ejemplo, entre *“una persona de carácter”* y el *“carácter de una persona”*.

Cuando decimos lo primero, estamos concediendo un valor ético y se atribuye a aquellos sujetos que revelan dos cualidades fundamentales, en su manera de pensar y querer:

una plena responsabilidad y una manera consecuente en su obrar y, por tanto, una regularidad en su conducta. Fidelidad a sí mismo, firmeza, congruencia, dirección unívoca en la vida, son algunas de las “*características*” de una “*persona de carácter*” y las que se intenta transmitir en una buena formación y educación del carácter.

Cuando, por el contrario, hablamos del “*carácter de una persona*”, intentamos resumir un conjunto de rasgos personales; estamos refiriéndonos a una estructura que entrelaza los instintos y emociones, los estados de ánimo y los sentimientos de la persona con el contenido de sus percepciones, representaciones, pensamientos, valores y determinaciones. Esos rasgos o cualidades caracterológicas pueden ser afines entre sí o excluirse mutuamente. Ambición y crueldad pueden ir emparentadas, pero es difícil que vayan unidas la ambición y la capacidad de compasión. Otros rasgos se comportan entre sí, hasta cierto punto, como neutrales: el mismo grado de inteligencia puede existir en un investigador, un médico o un criminal.

Hay, por otro lado, un cierto orden jerárquico que confiere a los rasgos una posición concreta y un sentido particular dentro de la totalidad del carácter (textura – estructura). Esto significa que el sentido y alcance de los rasgos, que pueden ser vistos y estudiados, si se quiere, de uno en uno, sólo resultan comprensibles, a partir de la totalidad del carácter. Conviene advertir, a su vez, que al hablar de la totalidad del carácter de ningún modo se está exigiendo una armonía necesaria entre sus rasgos; su propia diversidad invita a la tensión. Generalmente, en las personas descuella algún rasgo que puede estar en disarmonía con otros. Una persona puede ser un verdadero intelectual; este rasgo se situaría como principio estructural de su carácter, pero puede usarlo sólo en beneficio propio. Esa persona será un intelectual, pero, además, es un ambicioso. Pueden, por tanto, existir rasgos que ocupan un lugar central y otros pueden ser más periféricos.

El estudio del carácter es, como puede verse, muy complejo, pero muy excitante. Sería curioso, por ejemplo, determinar cómo se conocen las personas entre sí, dejándose guiar por los rasgos “*negativos*” o, más bien, por los “*positivos*”. Pocos osarían decir que una persona con un “*mal carácter*” es una “*mala persona*”, mientras que se aventurarían más a decir que una persona de “*buen carácter*” es una “*buena persona*”.

Personalidad

Es sobradamente difícil definir lo que constituye la personalidad de alguien. Al final de todas las cuestiones que tiene sin resolver la Psicología de la Personalidad, lo que en el fondo interesa son las “*diferencias individuales*”. Pero las distintas características por las que se distingue una persona de otra tampoco se corresponderían con aquello que constituye la “*verdadera personalidad*”, tal y como queremos entenderla por nuestra parte. El intento sería determinar y estudiar las funciones de un sistema global que permita delimitar los procesos constituyentes de lo que se entiende por personalidad.

Personalidad como configuración de sistemas

La Psicología Cognitiva acostumbra a concebir la “*Psyche*” como un “*aparato uniforme de elaboración de la información*” y para poder alimentar ese sistema uniforme desarrolla distintas estrategias y programas.

Frente a esta postura cognitiva homogénea, presentamos una “*Psyche*” que parte de una heterogeneidad funcional de diversos sistemas psíquicos, que interactúan entre sí. Las diferencias individuales descansarían así sobre configuraciones o coaliciones características de los distintos sistemas. Si se habla de la motivación, por ejemplo, para cada tipo de personalidad, no solo se requiere una estructura básica concreta de sus necesidades, impulsos, intenciones, etc., sino que también se debe conocer su modo específico de elaborar la información. Puede hacerlo quizá intelectualmente, racionalizando, o de manera intuitiva; dejándose llevar quizá por sus emociones o de manera absolutamente pragmática.

Si el núcleo de la motivación consiste en el ensamblaje de los sistemas cognitivo y emocional como guías de los sistemas reguladores de la acción, no deberíamos examinar la cognición, la emoción y la motivación como tres disciplinas psicológicas separadas entre sí. Para activar, por ejemplo, la necesidad de “*afiliación*”, es más conveniente, con frecuencia, una elaboración espontánea e intuitiva que otra analítica y racional, mientras que para conseguir unas metas concretas o la solución de un problema, más bien podría ser al revés.

Consideramos, por tanto, a los sistemas como interdependientes. Las personas disponen así de distintos sistemas de elaboración que pueden activar para conseguir sus metas. La personalidad se determina también por la estructura dinámica e interacción de los diversos sistemas. Un pensador analítico se diferencia fundamentalmente de un emocional espontáneo. Por eso, si queremos aclarar las diferencias individuales, habrá que estudiar los distintos sistemas para la elaboración de la información y su correspondiente interdependencia.

Las interacciones entre los sistemas definen la personalidad

Si todas estas funciones, motivos, emociones, metas y demás sistemas participan en las diferencias individuales, entonces un tipo concreto de personalidad quedará definido por la suma de todas esas características. Pero esto no sería suficiente. Todavía se necesitaría entender, cómo todos estos sistemas trabajan en común. La clave para ello, siguiendo la lógica propuesta, consistiría en analizar los patrones de interacción entre los sistemas psíquicos. ¿Cómo actúa la satisfacción o no satisfacción de una necesidad sobre el estado de ánimo y la elaboración de las informaciones recibidas? ¿Cómo actúa el reconocimiento instantáneo de una información sobre la consecución de unas metas?

La personalidad se determinaría, por tanto, en cada individuo por la interacción “*característica*” de sus sistemas psíquicos.

Esta postura toma una dirección distinta a la explicación muy aceptada en Psicología de que la “*Psyche*” de la persona queda aclarada por una arquitectura básica, construida de antemano, en la que cabe buscar y distinguir sus diferentes características funcionales. Aquí se defiende, más bien, la idea de que con los “*materiales de construcción*” de la *Psyche* se pueden levantar arquitecturas muy variadas y, por tanto, distintas personalidades.

Los diferentes tipos de personalidad quedarían así configurados, como decíamos, por coaliciones particulares de unos u otros sistemas. Estas coaliciones pueden ser más o menos duraderas y estar más o menos asentadas. Puede existir una configuración de personalidad que arranque desde las experiencias infantiles y se haya mostrado muy válida en la interacción con el entorno social. Pero pueden existir otras configuraciones temporales que sólo sirven para alcanzar una determinada meta y que luego pueden disolverse de nuevo.

Cuando una coalición ya asentada no cede ante otra que, en ese momento dado, sería mucho más beneficiosa para la persona, entonces puede hablarse de un trastorno de la personalidad. Si una persona mantiene una coalición de tipo cognitivo-motivacional, cuando sería más beneficiosa otra de tipo emocional-motivacional, como, por ejemplo, en el caso de una relación amorosa, algo comenzaría a fallar.

Los sistemas y la personalidad

Aún en la vida ordinaria, entendemos por personalidad de un individuo, no sólo lo relativo a su temperamento, a su estabilidad/inestabilidad emocional u otras características básicas, sino también –y quizá en su primera interpretación- al conjunto diferenciado de sus propiedades psíquicas, por ejemplo, su estilo propio de elaboración de la información, cognitivo frente a emocional, o su estilo propio de auto presentación, autocontrol o autorrealización.

La *personalidad*, así entendida, se diferencia funcionalmente del concepto de carácter: la personalidad designa la existencia de unas fuertes disposiciones y los subsiguientes patrones interaccionales de los sistemas psíquicos, mientras que el carácter define el contenido, ya elaborado en gran parte, de los distintos sistemas, en especial, el contenido del “yo” integrado con sus actitudes y valores personales.

Tal y como hablamos aquí de la personalidad, se trataría, por tanto, de aclarar los distintos fenómenos típicos de la personalidad, a través de los patrones característicos que surgen en la interacción de los distintos sistemas y sus funciones. Esto no quiere decir naturalmente que pierdan de su valor las teorías y propuestas que intentan analizar con detalle cada uno de los sistemas. Al contrario. Sin los adelantos en la investigación de los distintos sistemas, sería imposible intentar una integración de los mismos. Es más; el primer paso siempre debería ser el estudio exhaustivo de cada uno de los sistemas.

Aún con todo y con ello, cuando se repasan los tratados sobre *Psicología de la Personalidad*, se tiene la impresión de que sus escuelas psicológicas se concentran en uno de los sistemas. Freud, por ejemplo, a pesar de su teoría tan compleja, contempla a los instintos y los afectos como la base de sus aclaraciones. Los psicólogos humanistas elaboran los constructos cognitivos, la autorrealización, etc. (Kelly, 1955; Maslow, 1970; Rogers, 1961). Otras corrientes psicológicas se centran en las disposiciones, propiedades, factores (Cattell, 1965; Eysenck y Eysenck, 1985) o en la situación como campo de fuerzas (Lewin, 1936).

Sin dejar de ser cierto lo dicho, aún así, apenas existe un teórico que se limite exclusivamente a una sola dimensión de la personalidad. Esto sucede, en parte, porque buen número de autores no alcanza a definir sus conceptos dentro del nivel teórico que ellos mismos

propugnan. Tampoco su operacionalización (medida) de los conceptos, en su mayoría a base de cuestionarios, se corresponde con las propias exigencias de sus teorías.

Nosotros partimos, pues, de sistemas basados en constructos teóricos reconocidos, de su interdependencia y de sus procesos resultantes. Los sistemas son: percepción, cognición, emoción, motivación y acción, con sus correspondientes subsistemas: atención, memoria, afecto, volición y conducta. Los sistemas podrían dividirse en dos estadios: en el primero resaltan los procesos “*elaboradores*” y en el segundo los “*realizadores*” o “*ejecutores*”.

La percepción es como el gran portalón con el letrero de “*Entrada libre*”. A través, principalmente, de los sentidos recibimos ondas visuales, acústicas, temperaturas, todo tipo de información que va a ser elaborada por el sistema nervioso, para ser transformada en procesos psíquicos. Percibir y reconocer van dados de la mano. Cuando se ve un objeto del entorno conocido, uno no se pregunta lo que podría ser, sino que se ve una flor, un auto o a un amigo. No obstante, percibir y reconocer pueden considerarse también por separado, como cuando se afirma: “*Perdona mi intromisión, creí que eras un conocido mío*”.

Los procesos perceptivos, aunque son parte de la personalidad, no están en el centro de la investigación psicológica sobre la personalidad. No obstante, existen actualmente algunos temas de investigación que se relacionan, en parte, con los procesos perceptivos, como son los relativos a la direccionalidad de la conducta, que comienza con la percepción del objeto (una persona puede mostrar una tendencia de conducta, por ejemplo, no recolectar una seta venenosa, que nace de percibir el objeto que tiene ante sí). Estas investigaciones pueden referirse a la misma entrada de la información en la percepción personal (Bierhoff, 1986), a la búsqueda directa de la información, en relación, por ejemplo, con la reducción de inseguridad en las propias capacidades (Trope y Brickman, 1975) o a la cuestión sobre qué tipo de información se busca o se evita, cuando puede perjudicar al auto concepto. En este último caso, las investigaciones son controvertidas. Algunas teorías postulan que las personas buscan informaciones objetivas sobre sí mismas y su entorno, sean o no agradables (Trope, 1986). Otras teorías afirman que las personas buscan de manera selectiva la información que apoya su propia autoestima, aunque ello les exija defenderse de las informaciones desagradables (Brown, 1990; Taylor, 1991). En estos ejemplos se trata, por tanto, del reconocimiento del “*objeto*”, ya que se intenta elaborar percepciones concretas.

La cognición, es el “*laboratorio central*” de los estudios técnicos y de comunicación de la gran empresa, llamada “*persona*”. La cognición y su contenido no pueden percibirse en un momento dado con los órganos sensoriales. La cognición, el pensamiento, pueden ser provocados, eso sí, por una percepción, pero van más allá. Yo veo un libro en un escaparate (percepción) y me pregunto a quién podría regalárselo (pensamiento).

Mientras que la percepción informa sobre el “*aquí y ahora*”, el pensamiento se independiza del tiempo y del espacio. El pensamiento, en principio, depende menos de la situación que la percepción (“*los pensamientos son libres*”).

La cognición elabora, por un lado, las percepciones y, por otro, comienza a dirigir las acciones. Tiene tareas para ordenar la información: comprender, entender, interpretar, clasificar, atribuir, y tiene otras también para actuar: planificar, predecir, racionalizar, producir, dirigir, etc.

Lo primero que debe hacer el sistema cognitivo es ordenar todo cuanto se percibe. Con ello, se consigue que se pueda comprender de una u otra forma la información recibida y quede así representada en el interior de la persona. Pero cada uno tiene su propio sistema de inferir las cosas, lo que ha dado pie a numerosas investigaciones. ¿Qué características propias introducen las personas en la elaboración de la información recibida, para llegar a cometer tantos fallos en su manera de pensar? Algunos investigadores indican que las inferencias lógicas se apoyan en la aplicación de reglas abstractas (Braine, 1978). Otros autores afirman que las inferencias lógicas se desprenden de los modelos cognitivos de la realidad, propios de cada persona (Johnson-Laird y Byrne, 1991).

El hecho es que las personas difieren en sus sistemas cognitivos de elaboración y más cuando interactúan otros sistemas, como, por ejemplo, la emoción.

La emoción “*matiza*” el resto de sistemas. Las emociones marcan los resultados de las vivencias y valoran las pretensiones e intenciones respecto a la conducta. El desengaño, el enojo, la tristeza parten del hecho, en su caso, de percibir y caer en la cuenta de no haber podido satisfacer una necesidad o no haber conseguido la meta ansiada. Las emociones también matizan e indirectamente mantienen un influjo modulador en la conducta. Ciertas conductas son mucho más probables en un estado de tristeza, que en otro de enojo.

Una emoción incluye ciertas opciones en relación con la conducta, implícitas ya en su propio concepto (Frijda, 1986). Una emoción se determina, por tanto, mejor, cuanto más precisos son sus componentes cognitivos, afectivos y motivacionales.

El análisis de las connotaciones implícitas encerradas en las propias denominaciones de las distintas emociones ofrece el camino más fácil, a veces, para estudiarlas. Cuando se habla de “*amor y confianza*”, es probable que participe a fondo el sistema personal del “yo”. La palabra “*diversión*” indicaría, más bien, un impulso motivacional positivo, mientras que la expresión “*sentirse a salvo*” señalaría un impulso latente de evitación. Las emociones describen, por ejemplo, el nivel percibido o anticipatorio de cómo la persona se acerca o aleja de sus metas (Carver, Lawrence y Scheier, 1996).

Las teorías emocionales se concentran, en gran medida, en el origen de las emociones, y en sus procesos fisiológicos, cognitivos y expresivos, admitiendo un mayor o menor número de emociones. Roseman, Antoniou y José (1996) diferencian 17 emociones, basándose en dimensiones como el estado emocional, las posibilidades de control, la fuente de problemas o la participación del “yo” (*agency*), mientras que Scherer (1997), por ejemplo, cree que es suficiente con un menor número de dimensiones. A pesar de sus diferencias, los autores suelen coincidir en que las distintas emociones encierran en sí un gran número de significados implícitos.

Pero las emociones también sirven para regular la personalidad. Las personas no solo “*tienen*” emociones, sino que las “*manejan*”. Las emociones, consciente o inconscientemente, están sometidas a procesos reguladores. Con frecuencia, el valor de las reacciones emocionales viene dado por la intención que les acompaña. Las personas, por ejemplo, tratan con sus emociones de regular su desconcierto, proteger su imagen, aumentar su autoestima, pedir ayuda, escapar a una situación comprometida, desahogarse, etc... Para ello, echan mano de innumerables reacciones cognitivas, expresivas o conductuales: airarse, manifestarse

contrariado, soñar despierto, oír música, comprar cosas compulsivamente, practicar ejercicio físico, etc.

En el afrontamiento del estrés (Lazarus, 1991), el significado relacional de las emociones surge al enjuiciar la persona un estímulo o un suceso, en relación con sus metas personales, sus convicciones o su experiencia con los propios resortes de afrontamiento en anteriores situaciones estresantes. Las emociones se convierten así en un elemento central del dominio del estrés. La investigación sobre el afrontamiento debería ser, sin duda y ante todo, una investigación sobre el afrontamiento de las emociones.

La motivación es el “*agente de tráfico*” que advierte sobre las señales de circulación e indica la direccionalidad de la conducta en las personas. La motivación se define, a veces, por los instintos, los impulsos, por la fuerza en alcanzar las metas y sus correspondientes esfuerzos. La persona adjunta, para ello, sus intenciones, intereses, apetitos, necesidades, expectativas, deseos, con el transcurso de sus afectos, valoraciones, temores, presentimientos, premoniciones o pretensiones. Por eso los motivos por los que actúa una persona pueden ser variados.

La investigación experimental de los motivos comenzó sobre la base de un modelo de motivación, en el que los motivos se unían a la capacidad de empalmar los cambios afectivos dentro de una situación (cambio de la inseguridad en alegría, al solucionar una tarea) de tal forma que, cuando surgiera en el futuro una situación parecida, provocara esos mismos cambios afectivos (Heckhausen, 1989; McClelland *et al.*, 1953). Aquí se ve claro, cómo la motivación puede entenderse como una red de unión entre distintos sistemas de la personalidad. Aquí puede verse también una de las diferencias básicas entre motivación y personalidad: en el “momento motivacional” puede formarse una coalición entre los distintos sistemas que beneficie a un motivo concreto y luego cambiar la coalición si cambia el motivo, pero cuando se habla de personalidad, estamos hablando de una configuración de sistemas mucho más duradera.

El núcleo de la “*red motivacional*” lo constituye la diferencia entre el estado actual de la persona y lo que esta intenta o debe conseguir: más autonomía o conseguir el rendimiento necesario (Bischof, 1993). El núcleo subcognitivo y subafectivo de los motivos lo forman las necesidades. Estas indican cuánto esfuerzo se necesita para salvar la diferencia entre el estado actual y el futuro o para alcanzar los niveles adecuados, por ejemplo, de la autoestima o de otros afectos positivos.

La acción es el “*motor*” que activa, moviliza y hace que la persona arranque. Los movimientos son la “puerta de salida” de cuanto nos sucede psíquicamente. Mientras que la persona puede detectar procesos internos dentro de sí misma (percepciones, fenómenos cognitivos, sensaciones, sentimientos), cuando se trata de los demás, sólo puede percibir las formas motoritas de su expresión o sus productos. En sentido estricto, el movimiento es el que conforma la conducta (en sentido amplio, el término conducta se emplea para todas las actividades psíquicas, y también las internas). La conducta necesita una energía para activarse y la volición (voluntad) se convierte en su “*dirección general*”, con conexiones hacia el resto de sistemas y sus numerosos departamentos, -operativos, motivacionales, cognitivos, etc.-, en los que la conducta se surte de la energía necesaria.

Las formas más simples del sistema nervioso central descansan sobre estructuras elementales que elaboran los impulsos sensoriales y posibilitan sencillas reacciones motóricas. Hace unas cuantas décadas, la Psicología Experimental estaba dominada por un paradigma teórico que intentaba aclarar los procesos psíquicos por la unión aprendida estímulo-respuesta (Hull, 1943; Skinner, 1953). Todavía hoy, se encuentran en la mayoría de los tratados de Psicología de la Personalidad ampliaciones de estas corrientes, en forma de teorías de aprendizaje social, explicando la personalidad, en general, a través de disposiciones conductuales aprendidas de tipo cognitivo, emocional y motórico (Bandura, 1986; Mischel & Shoda, 1995).

Sin negar en absoluto la contribución de los sistemas asociacionistas para la dirección de la conducta, no cabe duda que la personalidad es mucho más compleja que el simple automatismo del estímulo-respuesta. El hecho de que se despierte este automatismo depende en gran parte del resto de sistemas de la personalidad. Puede tratarse de procesos cognitivos que representan el conocimiento o también de otros subcognitivos que modulan la obra en común de los distintos sistemas. Se puede aclarar la importancia de los distintos sistemas que apoyan una conducta con el ejemplo contrario de un tipo de patología, en el que el resto de sistemas pierden su influjo, a la hora de dirigir la conducta: las personas obsesivas se ven “obligadas” a repetir una y otra vez ciertas rutinas automatizadas, en el momento en que aparecen unos estímulos concretos, por ejemplo, la vista de suciedad, polvo o una señal interna de temor. Este breve y necesariamente incompleto comentario sobre los sistemas nos llevaría de la mano a la presentación de nuestro modelo.

Los modelos

Existen diversas posibilidades, cuando se intenta graficar un modelo de los distintos sistemas de personalidad y de su interacción. Para su estudio teórico puede indicarse un modelo lineal, paralelo, en gran parte, a los clásicos modelos de procesamiento de la información:

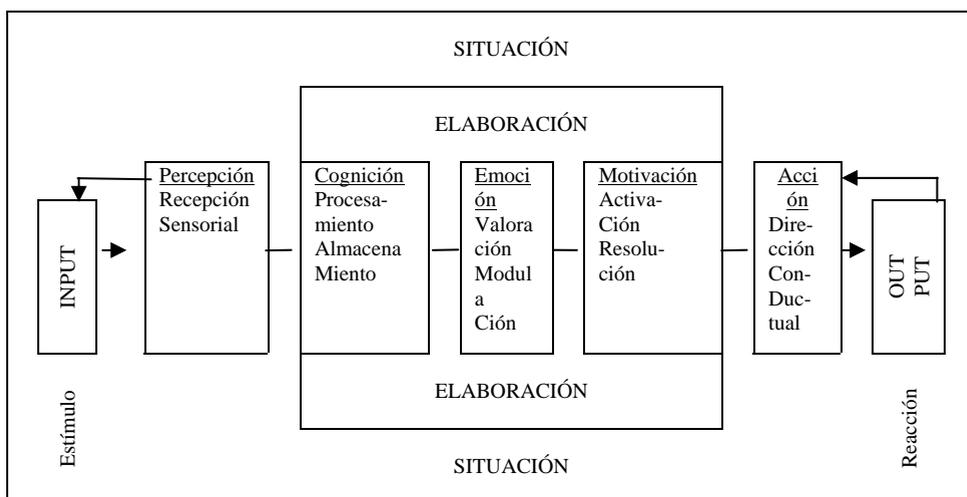


Fig.1: Modelo lineal de los sistemas de personalidad, paralelo a los modelos de procesamiento de la información

En una aplicación directa a los procesos de la comunicación y relación, el modelo, al duplicarse, podría aparecer de la siguiente manera:

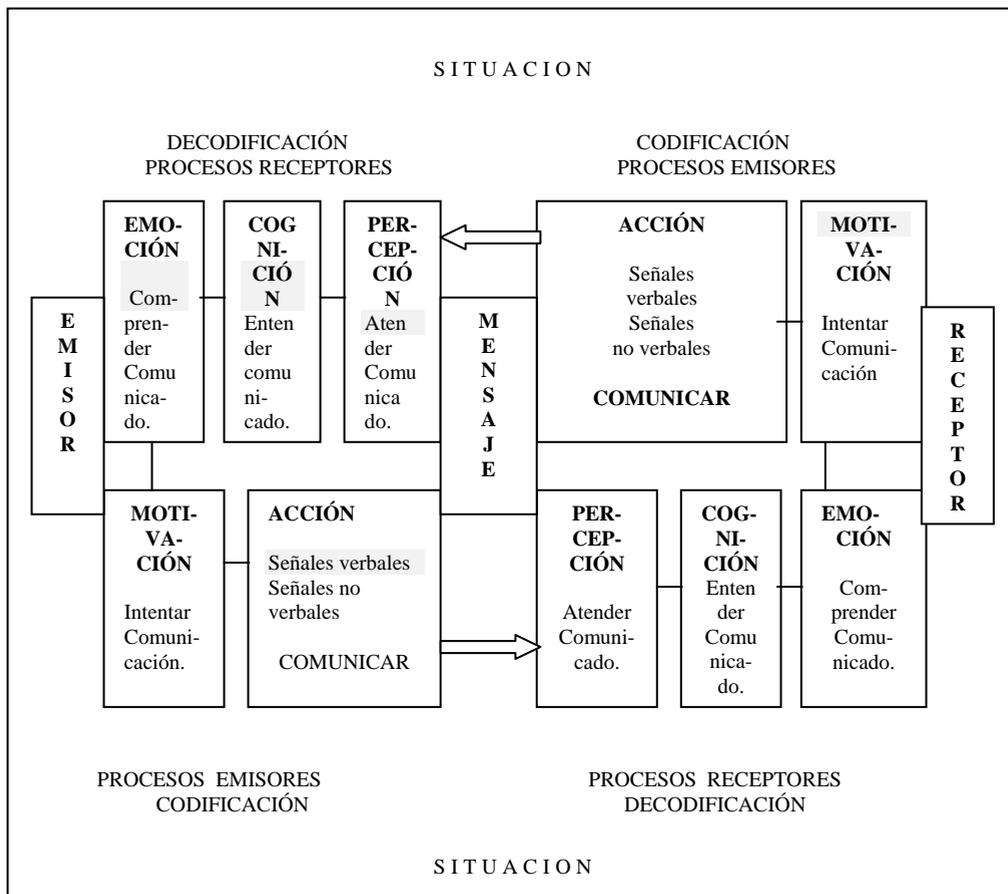


Fig. 2: Modelo relacional-comunicacional de los sistemas de personalidad

En la comunicación, de manera general, los procesos internos de una persona (pensamientos, sentimientos, etc...) se convierten, a través de las señales, nuevamente en procesos internos de la otra persona. Resulta fundamental en un proceso total de comunicación que los procesos emisores y receptores estén perfectamente acoplados. Una comunicación puede considerarse satisfactoria, cuando lo que se entiende y comprende está de acuerdo con lo que se intenta decir por parte de la otra persona. Todo ello exige, por otra parte, que la persona emisora exprese lo que intenta decir con palabras y señales propias de la situación y características del campo social (cultura, grupo social, etc...), en que ambos interlocutores se encuentran.

Vistos los sistemas, desde su interdependencia, el modelo podría presentarse en forma circular:

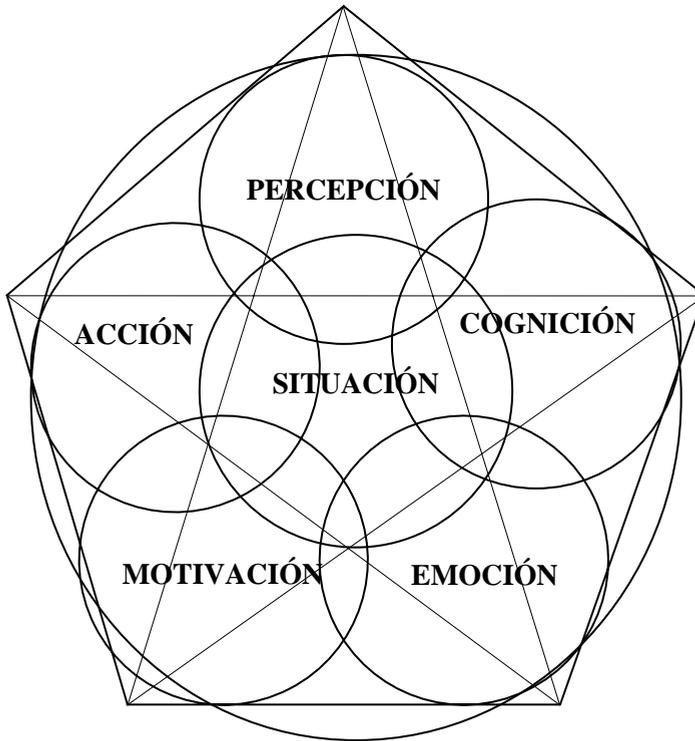


Fig. 3.: Modelo interdependiente de los sistemas de personalidad

Tras la visión del modelo, es fácil deducir que los sistemas de personalidad están, a su vez, integrados dentro de un proceso que comienza, de suyo, con la percepción para acabar en la acción (conducta), convirtiéndose esta en un impulso para un nuevo proceso. La conducta es lo único que en el fondo se percibe. Pero la manifestación de la conducta tampoco puede reducirse a un solo sistema. Es importante no olvidar que toda persona posee todos los sistemas “a la vez”, todos “actúan” en la persona de manera continuada, alrededor de la situación, que todo lo condiciona. Una misma conducta puede ser “causada” por cualquiera de los sistemas o una de sus coaliciones.

Este hecho impone un reto complicado para la Psicología de la Personalidad, a la vez que una oportunidad, porque está en la obligación de descubrir bajo qué condiciones y en qué tipos de personalidad -coalición de sistemas- surge una forma característica de manifestación de la conducta. Esto mejoraría la aplicación de la Psicología de la Personalidad: cuanto mejor pueda determinarse en cada caso individual, cómo surge una conducta típica, con mayor precisión se podrá intervenir en el sistema concreto, en el que se localiza esa tendencia conductual.

Este empeño sería quizá más fácil, cuando una característica se da por igual en todos los sistemas. Si una persona muestra características de impulsividad en todos los sistemas, podría concluirse que es, en principio, una persona impulsiva. Pero la persona es tan compleja que continuamente hay que preguntarse, cuando se quiere conocerla, dónde manifiesta características análogas o dónde aparenta disonancias; dónde obra positivamente, buscando la conducta acertada o dónde negativamente, con una conducta de evitación. El proceso de la personalidad no deja de ser también complejo: existen momentos continuados de progresión, pero no suelen ser tampoco infrecuentes las regresiones.

Concluyendo, podría afirmarse que la tarea de la Psicología de la Personalidad consistiría en investigar las características funcionales de cada uno de los sistemas, para descubrir las diferencias en su manera de actuar y poder así estudiar las interacciones (coaliciones) entre ellos, que son, a la postre, las que definen la personalidad de cualquier ser humano, a la vez que su temperamento y su carácter.

Referencias

- Allport, G.W. (1961). *Pattern and growth in personality*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Berger, G. (1971). *Caractère et personnalité*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Bianchin, M., Mello e Sonza, T., Medina, H. & Izquierdo, I. (1999). The amygdala is involved in the modulation of long-term memory, but not in working memory or short-term memory. *Neurobiology of Learning and Memory*, 71, 127-131.
- Bierhoff, H.W. (1986). *Personwahrnehmung: Vom ersten Eindruck zur sozialen Interaktion*. Berlin: Springer.
- Bischof, N. (1989). Emotionale Verwirrungen: Von den Schwierigkeiten im Umgang mit der Biologie. *Psychologische Rundschau*, 40, 188-205.
- Bischof, N. (1993). Untersuchungen zur Systemanalyse der sozialen Motivation I: Die Regulation der sozialen Distanz – Von der Feldtheorie zur Systemtheorie. *Zeitschrift für Psychologie*, 201, 5-43.
- Braine, M.D.S. (1978). On the relationship between the natural logic of reasoning and standard logic. *Psychological Review*, 85, 1-21.
- Brown, J.D. (1990). Evaluating one's abilities: Shortcuts and stumbling blocks on the road to self-knowledge. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 149-167.
- Buss, A. y Plomin, R. (1984). *Temperament: early developing personality traits*. Hillsdale NJ, London: Lawrence Erlbaum.
- Carey, W.B. y McDevitt, S.C. (1978). Revision of the infant temperament questionnaire. *Pediatrics*, 61, 735-739.
- Carey, W.B. y McDevitt, S.C. (Eds.). (1993). Prevention and early intervention: Individual differences as risk factor for the mental health of children. *A Festschrift for Stella Chess and Alexander Thomas*. New York: Bruner/Mazel.
- Carver, C.S., Lawrence, J.W. y Scheier, M.E. (1996). A control-process perspective on the origins of affect. En L.L. Martin y A. Tesser (Eds.). *Striving and feeling: Interactions among goals, affect, and self-regulation*. (pp. 11-52). Mahwah, NJ: Erlbaum

- Cattell, R.B. (1965). *The scientific analysis of personality*. Baltimore: Penguin Books.
- Chess, S. y Thomas, A. (1987). *Know your child*. New York: Basic Books.
- Dunn, J. y Kendrick, C. (1982). Temperamental differences, family relationships, and young children's response within the family. En Collins Ciba Foundation Symposium 89, *Temperamental differences in infants and young children*. R. Porter y C.G. (Eds.). London: Pitman.
- Eysenck, H. J. y Eysenck, M.W. (1985). *Personality and individual differences*. New York: Plenum.
- Fenichel, O. (1945). *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*. New York: Norton.
- Frijda, N. (1986). *The emotions*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Garrison, W.T. y Earls, F.J. (1987). *Temperament and child psychopathology*. Newbury Park, CA: Sage.
- Goldsmith, H.H., Buss, A.H., Plomin, R., Rothbart, M.K., Thomas, A., Chess, S., Hinde, R.A. & McCall, R.B. (1987). Roundtable: What is temperament? Four approaches. *Child Development*, 58, 505-529.
- Goldsmith, H.H. y Campos, J.J. (1982). Toward a theory of infant temperament. En R. Emde y R. Harmon (Eds.), *Attachment and affiliative systems* (pp. 161-193). New York: Plenum.
- Heckhausen, H. (1989). *Motivation und Handeln*. Heidelberg: Springer-Verlag.
- Hogan, R. (1973). Moral conduct and moral character: A psychological perspective. *Psychological Bulletin*, 79, 217-232.
- Hull, C. L. (1943). *Principles of behavior*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Johson-Laird, P.N. y Byrne, R.M.J. (1991). *Deduction*. Hove, UK: Erlbaum.
- Kelly, G. A. (1955). *The psychology of personal constructs*. New York: Norton.
- Lamb, M.E. y Bornstein, M.H. (Eds.) (1987). *Development in infancy*. (2ª ed.). New York: Random House.
- Lazarus, R.S. (1991). *Emotion and adaptation*. New York: Oxford University Press.
- LeDoux, J.E. (1995). Emotion: Clues from the Brain. *Annual Review of Psychology*, 46, 209-235.
- Lersch, P. (1966). *Aufbau der Person*. Munich: Johann Ambrosius Barth.
- Lewin, K. (1936). *Principles of topological psychology*. New York: McGraw-Hill.
- Lowen, A. (1958). *The Language of the Body. Physical Dynamics of Character Structure*. New York: Grune & Stratton.
- Malerstein, A.J. y Ahern, M. (1982). *A Piagetian Model of Character Structure*. New York: Human Sciences Press, Inc.
- Maslow, A.H. (1970). *Motivation and personality*. New York: Harper y Row.
- McClelland, D.C., Atkinson, Y.W., Clark, R.A. y Lowell, E.L. (1953). *The achievement motive*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Mischel, W. y Shoda, Y. (1995). A cognitive-affective system theory of personality: Reconceptualizing situations, dispositions, dynamics, and invariance in personality structure. *Psychological Review*, 102, 246-268.
- Reich, W. (1949). *Character Analysis* (3ª ed.). New York: Orgone Institute Press.
- Rogers, C.R. (1961). *On becoming a person: A therapist's view of psychotherapy*. Boston: Houghton Mifflin.
- Roseman, I.J., Antoniou, A.A. y Jose, P.E. (1996). Appraisal determinants of emotions: Constructing a more accurate and comprehensive theory. *Cognition and Emotion*, 10, 241-277.

- Rothbar, M.K., Posner, M.I. y Hershey, K.L. (1995). Temperament, attention, and developmental psychopathology. En D. Cicchetti *et al.* (Eds.), *Developmental psychopathology* (Vol.1, pp. 315-340). New York: Wiley.
- Rutter, M. (1982). Temperament: Concepts, issues and problems. En R. Porter y C.G. Collins (Eds.) Ciba Foundation Symposium 89, *Temperamental differences in infants and young children.* London: Pitman, pp. 1-19.
- Scherer, K.R. (1997). Profiles of emotion-antecedent appraisal: Testing theoretical predictions across cultures. *Cognition and Emotion*, 11, 113-150.
- Skinner, B.F. (1953). *Science and human behavior*. New York: Macmillan.
- Strelau, J. (1987). The concept of temperament in personality research. *European Journal of Personality*, 1, 107-117.
- Taylor, S. E. (1991). Asymmetrical effects of positive and negative events: The mobilization-minimization hypothesis. *Psychological Bulletin*, 103, 193-210.
- Thomas, A. y Chess, S. (1977). *Temperament and development*. New York: Brunner/Mazel.
- Trope, Y. (1986). Self-assessment and self-enhancement in achievement motivation. En R.M. Sorrentino y E.T. Higgins (Eds.). *Handbook of motivation and cognition: Foundations of social behavior* (Vol. 1. pp. 350-378). New York: Guilford.
- Trope, Y. y Brickman. P. (1975). Difficulty and diagnosticity as determinants of choice among tasks. *Journal of Personality and Social Psychology*, 31, 918-926.
- Turecki, S. (1989). The difficult child center. En W.B. Carey y S.C. McDevitt (Eds.). *Clinical and educational applications of temperament research*, pp. 141-153. Lisse, NL: Swets y Zeitlinger; Berwyn, PA: Swets North America.